

**Abrojos - 1887**

---

Andrés Bello

## Prólogo

*A Manuel Rodríguez Mendoza  
(de la redacción de «La Época»)*

- I -

Sí, yo he escrito estos *Abrojos*  
tras hartas penas y agravios,  
ya con la risa en los labios,  
ya con el llanto en los ojos.

Tu noble y leal corazón,  
tu cariño, me alentaba  
cuando entre los dos mediaba  
la mesa de redacción.

Yo, haciendo versos, Manuel,  
descocado, antimetódico,  
en el margen de un periódico,  
o en un trozo de papel;

tú, aplaudiendo o censurando,  
censurando y aplaudiendo  
como crítico tremendo,  
o como crítico blando.

Entonces, ambos a dos,  
de mil ambiciones llenos,  
con dos corazones buenos  
y honrados, gracias a Dios,

hicimos dulces memorias,  
trajimos gratos recuerdos,  
y no nos hallamos lerdos  
en ese asunto de glorias.

Y pensamos en ganarlas  
paso a paso y poco a poco...

Y ya huyendo el tiempo loco  
de nuestras amigas charlas,

nos confiamos los enojos,  
las amarguras, los duelos,  
los desengaños y anhelos...  
y nacieron mis *Abrojos*.

Obra, sin luz ni donaire,  
que al compañero constante  
le dedica un fabricante  
de castillos en el aire.

Obra sin luz, es verdad,  
pues rebosa amarga pena;  
y para toda alma buena,  
la pena es oscuridad.

Sin donaire, porque el chiste  
no me buscó, ni yo a él;  
ya tú bien sabes, Manuel,  
que yo tengo el vino triste.

- II -

Juntos hemos visto el mal  
y en el mundano bullicio,  
cómo para cada vicio  
se eleva un arco triunfal.

Vimos perlas en el lodo,  
burla y baldón a destajo,  
el delito por debajo  
y la hipocresía en todo.

Bondad y hombría de bien,  
como en el mar las espumas,  
y palomas con las plumas  
recortadas a cercén.

Mucho tigre carnicero,  
bien enguantadas las uñas,

y muchísimas garduñas  
con máscaras de cordero.

La poesía con anemia,  
con tisis el ideal,  
bajo la capa el puñal  
y en la boca la blasfemia.

La envidia, que desenrosca  
su cuerpo y muerde con maña;  
y en la tela de la araña  
a cada paso la mosca...

¿Eres artista? Te afeo.  
¿Vales algo? Te critico.  
Te aborrezco si eres rico,  
y si pobre te apedreo.

Y de la honra haciendo el robo  
e hiriendo cuanto se ve,  
sale cierto lo de que  
el hombre del hombre es lobo.

- III -

No predico, no interrogo.  
De un sermón ¿qué se diría!  
Esto no es una homilía,  
sino amargo desahogo.

Si hay versos de amores, son  
las flores de un amor muerto  
que brindo al cadáver yerto  
de mi primera pasión.

Si entre esos íntimos versos  
hay versos envenenados,  
lean los hombres honrados  
que son para los perversos.

Y tú, mi buen compañero,  
toma el libro; que, en verdad

*Rubén Darío*

---

de poeta y caballero,  
con mis *Abrojos* no hiero  
las manos de la amistad.

## Abrojos

- I -

¡Día de dolor  
aquel en que vuela  
para siempre el ángel  
del primer amor!

- II -

¿Cómo decía usted, amigo mío?  
¿Que el amor es un río? No es extraño.  
Es ciertamente un río  
que uniéndose al confluente del desvío,  
va a perderse en el mar del desengaño.

- III -

Pues tu cólera estalla,  
justo es que ordenes hoy ¡oh Padre Eterno!  
una edición de lujo del infierno  
digna del guante y frac de la canalla.

- IV -

En el kiosco bien oliente  
besé tanto a mi odalisca  
en los ojos, en la frente,  
y en la boca y las mejillas,  
que los besos que le he dado  
devolverme no podría  
ni con todos los que guarda  
la avarienta de la niña  
en el fino y bello estuche  
de su boca purpurina.

- V -

Bota, bota, bella niña,  
ese precioso collar  
en que brillan los diamantes  
como el líquido cristal  
de las perlas del rocío

matinal.

Del bolsillo de aquel sátiro  
salió el oro y salió el mal.  
Bota, bota esa serpiente  
que te quiere estrangular  
enrollada en tu garganta  
hecha de nieve y coral.

- VI -

Puso el poeta en sus versos  
todas las perlas del mar,  
todo el oro de las minas,  
todo el marfil oriental;  
los diamantes de Golconda,  
los tesoros de Bagdad,  
los joyeles y preseas  
de los cofres de un Nabab.  
Pero como no tenía  
por hacer versos ni un pan,  
al acabar de escribirlos  
murió de necesidad.

- VII -

Al oír sus razones  
fueron para aquel necio  
mis palabras, sangrientos bofetones;  
mis ojos, puñaladas de desprecio.

- VIII -

Vivió el pobre en la miseria,  
nadie le oyó en su desgracia;  
cuando fue a pedir limosna  
lo arrojaron de una casa.

Después que murió mendigo,  
le elevaron una estatua...  
¡Vivan los muertos, que no han  
estómago ni quijadas!

- IX -

Primero, una mirada;

luego, el toque de fuego  
de las manos; y luego,  
la sangre acelerada  
y el beso que subyuga.  
Después, noche y placer; después, la fuga  
de aquel malsín cobarde  
que otra víctima elige.  
Bien haces en llorar, pero ¡ya es tarde!...  
¡Ya ves! ¿No te lo dije?

- X -

¡Oh, mi adorada niña!  
Te diré la verdad:  
tus ojos me parecen  
brasas tras un cristal;  
tus rizos, negro luto;  
y tu boca sin par,  
la ensangrentada huella  
del filo de un puñal.

- XI -

Lloraba en mis brazos vestida de negro ,  
se oía el latido de su corazón,  
cubríanle el cuello los rizos castaños  
y toda temblaba de miedo y de amor.  
¿Quién tuvo la culpa? La noche callada.  
Ya iba a despedirme. Cuando dije «¡Adiós!»,  
ella, sollozando, se abrazó a mi pecho  
bajo aquel ramaje del almendro en flor.  
Velaron las nubes la pálida luna...  
Después, tristemente lloramos los dos.

- XII -

¡Oh, luz mía! Te adoro  
con toda el alma;  
tu recuerdo es la vida  
de mi esperanza.  
Corazón mío,  
¡vieras, con mi silencio,  
cuánto te digo!  
Y con tus ansias



y tu silencio,  
¡vieras, corazón mío,  
cuánto sospecho!

[1886]

- XIII -

¿Que lloras? Lo comprendo.  
Todo concluido está.  
Pero no quiero verte,  
alma mía, llorar.  
Nuestro amor, siempre, siempre...  
Nuestras bodas... jamás.  
¿Quién es ese bandido  
que se vino a robar  
tu corona florida  
y tu velo nupcial?  
Mas no, no me lo digas,  
no lo quiero escuchar.  
Tu nombre es Inocencia  
y el de él es Satanás.  
Un abismo a tus plantas,  
una mano procaz  
que te empuja; tú ruedas,  
y mientras tanto, va  
el ángel de tu guarda  
triste y solo a llorar.  
Pero ¿por qué derramas  
tantas lágrimas?... ¡Ah!  
Sí, todo lo comprendo...  
No, no me digas más.

- XIV -

Yo era un joven de espíritu inocente.  
Un día con amor la dije así:  
-Escucha: el primer beso que yo he dado,  
es aquel que te di...  
Ella, entonces, lloraba amargamente.  
Y yo dije: ¡Es amor!  
sin saber que aquel ángel desgraciado  
lloraba de vergüenza y de dolor.

- XV -

A un tal que asesinó a diez  
y era la imagen del vicio,  
muerto, el Soberano juez  
le salvó del sacrificio  
sólo porque amé una vez.

- XVI -

Cuando cantó la culebra,  
cuando trinó el gavilán,  
cuando gimieron las flores,  
y una estrella lanzó un ¡ay!;  
cuando el diamante echó chispas  
y brotó sangre el coral,  
y fueron dos esterlinas  
los ojos de Satanás,  
entonces la pobre niña  
perdió su virginidad.

- XVII -

Cuando la vio pasar el pobre mozo  
y oyó que le dijeron: -¡Es tu amada!...  
lanzó una carcajada,  
pidió una copa y se bajó el embozo.  
-¡Que improvise el poeta!

Y habló luego  
del amor, del placer, de su destino  
Y al aplaudirle la embriagada tropa,  
se le rodó una lágrima de fuego,  
que fue a caer al vaso cristalino.

Después, tomó su copa  
¡y se bebió la lágrima y el vino!...

[1886]

- XVIII -

Cantaba como un canario  
mi amada alegre y gentil,  
y danzaba al són del piano,  
del oboe y del violín.  
Y era el ruido estrepitoso  
de su rítmico reír,

eco de áureas campanillas,  
són de liras, de marfil,  
sacudidas en el aire  
por un loco serafín.  
Y eran su canto, su baile,  
y sus carcajadas mil,  
puñaladas en el pecho,  
puñaladas para mí,  
de las cuales llevo adentro  
la imborrable cicatriz.

[1886]

- XIX -

La estéril gran señora desespera  
y odia su gentil talle  
cuando pasa la pobre cocinera  
con seis hijos y medio por la calle.

- XX -

Ponedle dentro el sol y las estrellas.  
¿Aun no? Todos los rayos y centellas.  
¿Aun no? Poned la aurora del oriente,  
la sonrisa de un niño,  
de una virgen la frente  
y miradas de amor y de cariño.  
¿Aun no se aclara?- Permanece oscuro,  
siniestro y espantoso-.  
Entonces dije yo: -¡Pues es seguro  
que se trata del pecho de un celoso!

[1886]

- XXI -

He aquí el coro que entonan  
los vagos y los mendigos:  
-¡Guerra a muerte a los banqueros  
que repletan sus bolsillos!  
Regla general: -Los pobres  
son los que odian a los ricos.

- XXII -

Me dijo un amigo ayer:

-Aquel que pueda llegar  
a cierta hora en que a tentar  
sale a veces Lucifer,  
hallará en toda mujer  
la mujer de Putifar.  
El asunto está en saber  
cuándo el reloj va a sonar.  
Ahora ¡vamos a ver!  
¿siempre te vas a casar?

- XXIII -

De lo que en tu vida entera  
nunca debes hacer caso:  
la fisga de un envidioso,  
el insulto de un borracho,  
el bofetón de un cualquiera  
y la patada de un asno.

- XXIV -

- 1 -

Viejo alegre, viejo alegre,  
no persigas a mi novia;  
no son pájaros de invierno  
los amantes de las rosas.

- 2 -

Viejo alegre, viejo alegre,  
me quitaste a mi adorada;  
¡cuál te engrías en la boda  
retiñéndote las canas!

- 3 -

Viejo alegre, ríe, ríe, pues  
volvió tu primavera; tanto,  
que hoy ha amanecido  
retoñando tu cabeza.

- XXV -

¿Dar posada al peregrino?...  
A uno di posada ayer;  
y hoy, prosiguió su camino

llevándose a mi mujer.

- XVI -

¡A aquel pobre muchacho  
le critica una copa y un albur,  
ese viejo borracho  
que tiene cincuenta años de tahúr!...

- XXVII -

El traje de los vicios  
son los harapos;  
que hoy andan las virtudes  
de guante blanco.  
Lugar común;  
pero que siempre empleamos  
si vemos un...

- XXVIII -

¡Qué cosa tan singular!  
¡Ese joven literato  
aun se sabe persignar!

- XXIX -

Aquella frente de virgen,  
aquella cándida tez,  
aquellos rizos oscuros,  
aquellos labios de miel,  
aquellos ojos purísimos  
que vían con timidez,  
aquel seno que tenía  
de la niña y la mujer,  
y aquella risa inocente,  
eran... ¡la número 10!

- XXX -

Mira, no me digas más:  
¡que otra palabra como ésa  
tal vez me puede matar!

- XXXI -

¡Qué piropo! Escalda y pincha.

¡Qué obscenidad! ¡Qué baldón!  
-¿Quién lo dijo?- Ese mocito  
del flamante redingot.  
A la pobre muchachuela  
la cara se le encendió...  
Iba descalza, iba rota...  
Y ¡miren qué contrición!:  
-¡Como si tal harapienta  
pudiera tener pudor!

- XXXII -

¡Advierte si fue profundo  
un amor tan desgraciado,  
que tuve odio a un hombre honrado  
y celos de un moribundo!

- XXXIII -

¿Por qué ese orgullo, Elvira? Que se  
domen  
en ti loca ambición, ruines enojos,  
y quítate esa venda de los ojos,  
y que esos ojos a lo real se asomen.

Mira, cuando tus ansias vuelo tomen  
y te finjan grandezas tus antojos,  
bellas -rostro divino, labios rojos-,  
que unas comen pan duro, otras no comen.

Bajan a los abismos nieves puras  
cuando rueda el alud; y se hacen fango  
después de estar en cumbres altaneras.

¡Ay, yo he visto llorar sus desventuras  
a encopetadas hembras de alto rango  
sobre el sucio jergón de las ramerás!

- XXXIV -

He aquí la exacta copia  
de un caso digno de fe.  
Lo cuento tal como fue,  
pues no es de cosecha propia.

A un joven de posición,  
una joven irritada,  
de una sola puñalada  
le ha partido el corazón.

Se ha levantado el proceso,  
y se examina con pausa,  
para averiguar la causa  
de tan terrible suceso.

Ya averiguada, sonroja  
un hecho tan inaudito:  
¡él cometió el gran delito  
de llamarla bizca y coja!

Por tanto, siendo, en verdad,  
ése un delito tan feo,  
¡que quede libre la reo!,  
¡en completa libertad!

- XXXV -

Niña hermosa que me humillas  
con tus ojos grandes, bellos:  
son para ellos, son para ellos  
estas suaves redondillas.

Son dos soles, son dos llamas,  
son la luz del claro día;  
con su fuego, niña mía,  
los corazones inflamas.

Y autores contemporáneos  
dicen que hay ojos que prenden  
ciertos chispazos que encienden  
pistolas que rompen cráneos.

[1886]

- XXXVI -

Pues si el torno de la inclusa  
es un buzón verdadero,

¿a dónde llevan los ángeles  
las cartas para el infierno?

- XXXVII -

¿Quién es candil de la calle  
y oscuridad de su casa?  
-Quien halla en aquélla flores  
y en ésta abrojos y lágrimas.

- XXXVIII -

Lodo vil que se hace nube,  
es preferible, por todo,  
a nube que se hace lodo:  
ésta cae y aquél sube.

[«Noviembre, 1886»]

- XXXIX -

El pobrecito es tan feo  
que nadie le hace cariño.  
¡Dejan en la casa al niño  
cuando salen de paseo!...

Y ello no tiene disculpa,  
pues, de fealdad tan extraña,  
es el molde de la entraña  
quien ha tenido la culpa.

- XL -

¡Qué bonitos  
los versitos!  
-me decía  
don Julián...

Y aquella frase tenía  
del diente del can hidrófobo,  
del garfio del alacrán.

- XLI -

Vamos por partes:  
comenzará muy puro,  
pero, al fin... ¡carne!



- XLII -

Tan alegre, tan graciosa ,  
tan apacible, tan bella...  
¡Y yo que la quise tanto!  
¡Dios mío, si se muriera!

Envuelta en oscuros paños  
la pondrían bajo tierra;  
tendría los ojos tristes.  
húmeda la cabellera.

Y yo, besando su boca,  
allá, en la tumba, con ella,  
sería el único esposo  
de aquella pálida muerta.

[1886]

- XLIII -

¡Tras que la engaña el bribón ,  
y le niega su cariño,  
le quiere quitar su niño,  
que es quitarle el corazón!

- XLIV -

Amo los pálidos rostros  
y las brunas cabelleras,  
los ojos lánguidos y húmedos  
propicios a la tristeza,  
y las espaldas de nieve,  
en donde, oscuras y gruesas,  
caen, sedosas,  
las gordas trenzas,  
y en donde el amor platónico  
huye, baja la cabeza,  
mientras, temblando, se mira  
la carne rosada y fresca.

- XLV -

¡Su padre los echa! Yo, ha poco, le he  
visto ,

soberbio, iracundo, lanzarles de allí.  
No importa, hijos míos; diré como Cristo:  
«¡Dejad a los niños que vengan a mí!»

- XLVI -

Convengo de cualquier modo.  
No son raras hoy las víctimas;  
y es preciso, en el mercado  
donde todo se cotiza,  
que se demande y se busque  
el material de la orgía...  
Pero, una madre, ¡una madre!,  
a su hija, Dios santo, ¡a su hija!

¡Oh, Alfredo de Musset! Dime si Rolla  
regateó con el Diablo la tarifa,  
o con la madre monstruo tiró dados  
sobre el desnudo cuerpo de la niña.

- XLVII -

Soy un sabio, soy ateo;  
no creo en diablo ni en Dios...  
(...pero, si me estoy muriendo,  
que traigan el confesor).

- XLVIII -

Besando con furia loca  
la boca de un niño ajeno,  
miro yo a la virgen cándida  
y no sé lo que comprendo.  
¿Qué es ese brillo en los ojos?  
¿Qué es en el rostro ese incendio?  
¿Qué es ese temblar de labios?  
¿Qué es ese crujir de nervios?  
Para ser a un niño... ¡a un niño!...  
esos besos... ¡esos besos!...

- XLIX -

El Mundo es un papanatas;  
el Demonio ya chochea;  
en tanto que la otra vive

siempre joven, siempre fresca;  
con las uñas preparadas,  
siempre acecha que te acecha.  
Conque quedamos, señores,  
en que la Carne es la reina.

- L -

- 1 -

Una mañana de invierno  
hallé en el suelo, aterido,  
con el cuerpo todo trémulo  
y alas húmedas, un mirlo.  
«Hasta con las pobres aves  
caridad». Conque, cogílo,  
busqué rastrojo, hice lumbre  
y calenté al pajarito,  
que abre los ojos, sacúdese,  
vuela ya libre del frío  
y se pierde entre las frondas  
de los árboles vecinos.

- 2 -

¡Me miraron con horror  
en mi pueblo! ¡Si se dijo  
que yo pasaba mis ocios  
asando pájaros vivos!...

[1886]

- LI -

Se ha casado el buen Antonio,  
y es feliz con su mujer,  
pues no hay otra más hermosa,  
ni más dulce, ni más fiel,  
ni más llena de cariño,  
ni más falta de doblez,  
ni más suave de carácter,  
ni más fácil de caer...

- LII -

Érase un cura, tan pobre ,  
que daba grima mirar

sus zapatos descosidos  
y su viejo balandrán.  
Érase un cuasi mendigo  
que solía regalar  
a los más pobres que él  
con la mitad de su pan.  
Un cura tan divertido  
para hacer la caridad,  
que si daba el desayuno  
se acostaba sin cenar.  
Érase un pobre curita  
llamado el Padre Julián,  
a quien vían como a un perro  
los grandes de la ciudad,  
pues era tan inocente  
y era tan humilde el tal,  
que en la casa de los grandes  
daba risa su humildad.  
Un día amaneció muerto,  
siendo causa de su mal  
no se sabe si mucha hambre  
o alguna otra enfermedad.  
Entonces un gran entierro  
se ofreció al Padre Julián,  
donde sólo en cera y pábilo  
se quemara un dineral.  
Y se vieron coches fúnebres  
y hubo un lujo singular,  
a los ecos de las marchas  
de la música marcial.  
Y cuentan que los tímboles  
y oboes, al resonar,  
hacían burla del muerto  
pobre de solemnidad...  
Y que el muerto se reía  
pensando en su balandrán,  
con una de aquellas risas  
que dan ganas de llorar.

Y yo quisiera una sogá  
para echártela al pescuezo  
y colgarte de una horca,  
porque eres un buen sujeto,  
una excelente persona  
con mucha envidia en el alma  
y mucha baba en la boca.

- LIV -

¡Un pensamiento! Cosa  
que hartó me ha hecho pensar. ¿Habrá  
tormento  
como esta flor, regalo de una hermosa  
que me tiene cautivo el pensamiento?

Primero en el ojal de la levita,  
después en la cartera...  
¡Quién la ve tan marchita,  
y ha unos meses, Dios mío, quién la viera!

Hoy creo, en este abismo  
de cosas y de ideas tan terrible,  
que se han vuelto uno mismo  
un pensamiento flor y otro invisible.

Pero es lo peor del caso  
que al ir volando el viento,  
se llevará de paso  
en su giro uno y otro pensamiento.

[1886]

- LV -

Joven, acérquese acá:  
¿Estima usted su pellejo?  
Pues, escúcheme un consejo,  
que me lo agradecerá:

-Arroje esa timidez al  
cajón de ropa sucia,  
y por un poco de argucia  
dé usted toda su honradez.

Salude a cualquier pelmazo  
de valer, y al saludar,  
acostúmbrese a doblar  
con frecuencia el espinazo.

Diga usted sin ton ni són,  
y mil veces, si es preciso,  
al feo, que es un Narciso,  
y al zopenco, un Salomón;

que el que tenga el juicio leso  
o sea mal encarado,  
téngalo usted de contado  
que no se enoja por eso.

Al torpe déjele hablar,  
sus torpezas disimule, y  
adule, adule y adule sin  
cansarse de adular.

Como algo no le acomode,  
chitón y tragar saliva, y en el  
pantano en que viva arrástrese,  
aunque se enlode.

Y con que befe al que baje, y con  
que al que suba inciense, el día en que  
menos piense será usted un  
personaje.

- LVI -

Tengo de criar un perro ,  
ya que en este mundo estoy.  
No me importa lo que sea,  
alano, galgo o *bull-dog*;  
lo quiero para tener  
un tierno y fiel queredor  
que sonría con el rabo  
cuando le acaricie yo;  
para que me ofrezca todo

su perruno corazón,  
y gruña a quien me amenace  
y se alegre con mi voz;  
y para, si me da el cólera y  
huyen de mi alrededor,  
juntos, parientes y amigos,  
que nos quedemos los dos:  
yo, cadáver, como huella  
de una vida que pasó;  
él, lanzando tristemente  
sus aullidos de dolor.

- LVII -

No quiero verte madre ,  
dulce morena.  
Muy cerca de tu casa  
tienes acequia,  
y es bien sabido  
que no nadan los hombres  
recién nacidos.

- LVIII -

¿Que por qué así? No es muy dulce  
la palabra, lo confieso.  
Mas, de esa extraña amargura  
la explicación está en esto:  
después de llorar mil lágrimas  
ásperas como el ajeno,  
me alborotó el corazón  
la tempestad de mis nervios.  
Siguió la risa al gemido,  
y a la iracundia el bostezo,  
y a la palabra el insulto,  
y a la mirada el incendio;  
por la puerta de la boca  
lanzó su llama el cerebro,  
y en aquella noche oscura,  
y en aquel fondo tan negro,  
con la tempestad del alma  
relampagueó el pensamiento,  
y les salieron espinas

*Abrojos*

---

a las flores de mis versos.